

## El ideal de belleza femenina en la literatura del siglo XII. Un análisis a *Tristán e Isolda* y *Los nueve Lais Bretones*

Por Grace Farías Milla\*

Dentro de los múltiples temas que se pueden encontrar en la literatura del siglo XII, la figura de la mujer comienza a tener un protagonismo que se va transformando en fuente inspiradora para diferentes relatos. En ellos llama la atención la forma en la cual se le describe, sobre todo las particularidades y características que se les brindan y el ideal de perfección que se presenta, especialmente el de belleza.

Ante esto nace una pregunta, ¿qué significa ser bello en la Edad Media? Adentrándose aún más al tema, ¿cuál es la descripción de belleza femenina que se relata? Son éstas las preguntas que trataremos de dar respuesta a lo largo del presente escrito. Para desarrollarlas se han escogido dos obras que adquieren importancia durante el siglo XII, en donde la literatura comienza a tener su auge como medio de comunicación. Además, la participación femenina[1] es fundamental dentro de la cotidianidad del mismo y es nuestro foco de estudio. Las obras seleccionadas son *Los nueve Lais Bretones* de María de Francia y *Tristán e Isolda*, leyenda anónima que en este caso se trabajará con la adaptación de Joseph Bédier[2].

Ahora cabe preguntarse, ¿por qué esta selección? Básicamente porque son leyendas que tienen elementos en común, como el amor, el ideal caballeresco, lo

maravilloso, la magia y, por supuesto, el protagonismo de las mujeres: su descripción tanto física como psicológica. Es interesante agregar como ambas obras trabajan estos temas y logran evidenciar la cotidianidad de la época, tanto el rol de las mujeres como los simbolismos de las cortes reales.

Antes de comenzar la comparación, es imperante definir un concepto de belleza sobre el cual trabajar. En este caso, hemos tomado el significado del Diccionario de la Real Academia Española[3], donde la belleza se entiende como la “propiedad de las cosas que hace amarlas, infundiendo en nosotros un deleite espiritual. Esta propiedad existe en la naturaleza y en las obras literarias y artísticas”. Si analizamos esta definición, podemos inferir que apunta principalmente a una cierta “dualidad” del concepto de belleza, es decir, si bien se entiende como bello algo agradable a la vista, o sea, tangible, también podemos encontrar una belleza espiritual, que produce un amor, un sentimiento que no se ve pero se siente.

Amén de lo anterior, se puede deducir que tenemos un concepto de belleza dual: tanto físico como espiritual que, estando unidos en un ser logran el “ideal de belleza en la Edad Media”.

En relación con este tema, Umberto Eco en su libro “Arte y belleza en la estética medieval” comenta la importancia que tienen en la vida medieval, marcada principalmente por el cristianismo –como eje transversal-. Señala que el ideal de belleza se presenta de forma dual, planteando que “al desconfiar de la belleza exterior, se refugiaba en la contemplación de las escrituras o en el goce de los ritmos interiores de un alma en estado de gracia”[4]. De esta forma, la belleza interior posee un papel más relevante dentro del imaginario medieval ya que la espiritualidad de los seres (el alma) no muere y es lo que el cristianismo plantea como la salvación para llegar al reino de los cielos.

Un punto importante que trata el autor es cómo el concepto de belleza es una unidad con el de divinidad, diciendo que “si lo bello era un valor, debía coincidir con lo bueno, con lo verdadero y con todos los demás atributos del ser y de la divinidad”[5]. Son elementos que para el cristianismo son considerados para hacer el bien, y llevar una vida iluminada por la gracia de Dios y, sin duda, la belleza en un elemento importante[6]. Se concluye con lo anterior, que la belleza está íntimamente relacionada con la divinidad y el cómo ser bello para lograr la salvación, se reafirma una vez más la potencia que tiene el cristianismo en la cultura medieval.

Sobre esta última idea sería necesario hacer un paréntesis dentro de esta exposición: la concepción de dualidad de cuerpo y alma existente durante el medioevo, inspirado por el cristianismo. El cuerpo es entendido como el símbolo del pecado, de la tentación, de lo impuro, corrompe al alma que siempre debe ser perfecta, se debe cultivar para el día del juicio no ser condenado[7]. Para graficar esta dualidad, Alicia Martínez en su artículo relacionado con la belleza y el uso de afeites durante el siglo XV[8], comenta que el cristianismo al ser la religión imperante demarcaba que el pecado -la maldad- se ocultaba en el cuerpo. Sobre este último dice que “es la prisión del alma y representa la idea de pecado, de la tentación, de lo efímero, de lo que un día se convertirá en polvo, frente al alma, eterna e inmortal”[9]. Otro punto importante a considerar dentro de este artículo es cómo la mujer, al cargar con el “pecado original” –cometido por Eva- constantemente debe mostrar y demostrar su perfección, siendo un símbolo tangible de éste la virginidad[10].

Luego de este paréntesis, volvemos a la búsqueda del “ideal de belleza” en la literatura del siglo XII. Para comenzar, tomaremos Tristán e Isolda.

Esta leyenda es uno de los símbolos más importantes de la literatura del siglo XII. Retrata una historia de amor imposible, entre una reina y un caballero que, por infortunios de la vida se enamoran perdidamente pero su amor no se puede concretar.

En relación a la primera descripción de Isolda es la dama “rubia de los cabellos de oro, cuya hermosura brillaba como el alba”. [11] En el momento en que conoce a Tristán, en la corte de su país, al verlo siente odio infinito por él ya que asesinó a su tío. Luego, a lo largo de toda la historia, se describe una Isolda virtuosa, inteligente, cauta, que participa en el momento justo, evita hacer comentarios y constantemente pide disculpas cuando comenta una situación. En el viaje, cuando bebe el filtro del amor con Tristán, y comienza la desgracia, en todo momento apoya la locura y siente el inmenso amor por su amigo que, finalmente, les traería infinitas desgracias. Al desembarcar y al ser presentada al rey Marés, su futuro esposo y tío de Tristán, cuenta el autor: “ella apareció en la sala de en medio de los vasallos, su belleza resplandeció en tal forma, que se iluminaron los muros, como si diera el sol mañanero” [12]. Su belleza deslumbra, enamora, trasciende lo mundano, se asemeja al sol, a nuestra fuente de energía.

Con esto la belleza que transmite Isolda es sobrenatural, sus rubios cabellos iluminan por donde pase. Su agilidad y virtuosidad traspasa fronteras, es una mujer que puede ser amada por su belleza y sus características morales. Es constantemente comparada con el sol, con la iluminación, lo albo que, entendido en el mundo medieval es lo puro, lo casto: lo bello.

En otra descripción que presenta el autor es la de un personaje muy singular que aparece hacia el final del relato: otra Isolda. Ésta termina siendo la esposa de un Tristán desolado por estar lejos de su amada y que decide contraer nupcias en un momento de debilidad. Cuando la conoce, Kaherdin –hermano de ésta- le dice

“ved cómo los dedos de mi hermana hacen correr los hilos de oro por este blanco terciopelo. A fé mía, bella hermana, con justicia os llaman Isolda de las blancas manos”[13]. Es la primera descripción de la “otra Isolda”, en este caso, nuevamente acompaña un adjetivo al nombre del personaje, al igual que la primera Isolda: de los rubios cabellos.

Como se puede apreciar, la descripción de las mujeres en Tristán e Isolda apuntan principalmente a una característica física, después del nombre, y en una virtud que la diferencia del resto. Sobre lo mismo, podemos reafirmar la “dualidad” del concepto de belleza en la Edad Media, en el caso de cómo el autor presenta a ambas Isoldas y a otras féminas que participan dentro de la historia, describiéndolas física y espiritualmente con adjetivos que maravillan a quienes las ven.

Un elemento importante a considerar es qué significa ser bella en esta época, para ello la autora Alicia Martínez comenta que “el tipo ideal femenino, es siempre vagamente escrito, consistía en el color rubio de los cabellos, rostro claro y fresco, cejas delgadas y separadas, manos blancas y cuerpo delgado, sutil, sin formas pronunciada.[14] Lo último, sin duda, coincide con lo expuesto en la obra analizada.

Lo anterior ciertamente tiene un cambio importante dentro de la concepción femenina de la Edad Media. El siglo XII se caracterizó por los cambios. Sobre este tema, María Jesús Salinero en su artículo sobre la seducción en la narrativa dice que “la mujer pasa a ostentar el mando, es la que dirige al enamorado mostrándole el camino que ha de seguir: el hombre, en cambio, se compromete a *servirla* y obedecerla en todo, aprendiendo a dominar su deseo y someterse a su voluntad”.[15] Es un elemento a considerar en Tristán e Isolda, pero más claro se

ve en los nueve Lais que nos presenta María de Francia, relato a analizar a continuación.

Estos nueve relatos tienen una particularidad esencial: son escritos por una mujer. Felicia de Casas, en su artículo sobre el didactismo de los Lais, expone que:

*“Hay muy pocos datos sobre la autora de los Lais. Lo que ella misma nos ha dejado: Marie hay num, si sui de France (Fables, Epil, V 2) y la scripta en que aparecen estos relatos. Estos tres indicios han permitido establecer no solo que se trata de una mujer escritora, caso excepcional en la literatura de la Edad Media, sino en que momento y lugar lo hizo: en el último tercio del siglo XII en la corte de los Plantagenet, donde se utilizaba el francés llamado anglonormando”[16].*

De Casas, nos expone que el tema principal de los Lais es el amor, principalmente el amor cortés. Ella plantea que María de Francia propone un sentimiento diferente al amor cristiano, al legal, entre marido y mujer. En varios de sus relatos hay triángulos amorosos, en donde la mujer es la protagonista de ellos y, en casi todos, el amor termina de mala manera.

En relación al ideal de belleza, la descripción de las protagonistas suele ser muy sencilla, resaltando principalmente virtudes como la nobleza, cautela, entre otras. Por ejemplo, en el cuento Guingamor la reina de su corte le describe un viaje y que ahí él encontrará a su amada, diciéndole que “vuestra amiga es cortés y bella, no sé que haya en todo el reino dama ni doncella de tanto mérito. Os ama con intenso amor, bien podeís considerarla vuestra amante”[17]. Esta presentación se vuelve un transversal dentro de los relatos de los Lais. En muy pocos cuentos la autora se detiene a realizar una descripción física de las protagonistas, pues le importa destacar la función del amor, y el conflicto que nace en torno a él, a

diferencia de Tristán e Isolda, en donde el autor se detiene más de una vez a describir la belleza física que posee la protagonista y las mujeres que aparecen durante el relato.

Siguiendo con el mismo cuento, el protagonista, Guingamor, logra su objetivo que es conocer a su amada y la descripción que se hace de ella es que: “no cesaba de mirar a la doncella, pues la veía bella, esbelta y gentil; le agradaba pensar que podría ser su amante. Mirándola tiernamente le pidió que le otorgara su amor. Nunca se había conmovido su corazón por mujer alguna, ni nunca le había preocupado el amor. Ella era sensata y bien educada, respondió a Guingamor que lo amaría de buen grado, lo que llenó de gozo al caballero”[18].

En otro Lais, Tyolet, la descripción femenina se torna diferente. Se destaca por primera vez la belleza exterior, cuando dice “la joven sobrepasaba en belleza a la flor de lis o a la rosa fresca que se abre en verano. Tyolet pidió su mano al rey Artús y éste se la entregó, y la doncella aceptó”[19]. Comúnmente, dentro de todos los relatos se muestra la “belleza moral” de las mujeres, no se apunta tanto a lo físico y es lo que destaca en el escrito de María de Francia. En este caso, la “dualidad” del concepto de belleza radica en el otro extremo, en el de las virtudes y de la espiritualidad, a diferencia de Tristán e Isolda en donde era importante una descripción física de las mujeres.

Es así como los Lais de María de Francia tienen otro enfoque: el mostrar el desarrollo, la lucha por el amor y el protagonismo de las mujeres que participan en ello. Como dice Felicia de Casas, “lo que propone es un ideal de perfección, como lo proponía el *fin' amor*, pero no a través del sentimiento amoroso, sino de la renuncia. Una enseñanza dura y difícil que la mayoría de sus personajes jóvenes, bellos y educados, no lograron seguir”[20].

En suma, el “ideal de belleza” se muestra en ambos relatos de diferentes formas cumpliendo la propuesta inicial de una “dualidad” del concepto de belleza. En el caso de Tristán e Isolda, a ésta se le describe destacando sus características físicas que deslumbran a quienes tienen la fortuna de verla y, dentro del relato, se destaca por una personalidad astuta e inteligente. Algo diferente se puede observar en los Lais, ya que la descripción femenina apunta principalmente a su personalidad y su forma de hablar. Las mujeres son parte de la historia como protagonistas, luchan por su amor, participan en triángulos amorosos, logran sus objetivos en compañía de los caballeros.

En ambos casos se puede visualizar el ideal de belleza femenina, tanto el espiritual como el físico. Es así como la autora Felicia De Casas, expone que:

*“En la narrativa artúrica del siglo XII, la mujer no seduce por sus cualidades morales, intelectuales o cortesanas –aunque éstas sean importantes–, sino por su belleza que “cautiva” a todo aquél que la contempla; el cuerpo, a través de los sentidos o de un lenguaje propio igualmente importante e interesante, constituye la principal arma, pues ejerce una atracción irresistible y, en ocasiones, fatal”[21].*

Elementos que se ven reflejados en ambas obras, la belleza dual, cuerpo y lenguaje. Así, la mujer para ser considerada “bella” debía tener ciertos rasgos físicos que destacaran del resto: su cabello, rostro, manos, forma de cara, ojos, cejas entre otras cosas. En relación a lo espiritual-moral, se entiende como una mujer educada, virtuosa, silenciosa, que sabe comportarse y que debe entregarse por completo al amor. Para finalizar, tal como señala Dulce González sobre el cómo ser bella en la Edad Media, donde habla de la cosmetología y el uso de diferentes técnicas para embellecer el cuerpo, notamos que “ser bella (o bello) es el primer

requisito para poder aspirar a ese sentimiento sublime y elitista que es el llamado *fin' amors o amour courtois*"[22], amor que es el eje fundamental y transversal de la narrativa del siglo XII y de toda la literatura universal al igual, que la belleza humana.

\*\*\*

\* Grace Farías Milla es Profesora de Historia y Ciencias Sociales y Licenciada en Historia y Educación de la Universidad Alberto Hurtado.

---

[1] Varios autores han dedicado obras para analizar la participación femenina durante el siglo XII, específicamente Georges Duby que dentro de su *Historia de las Mujeres* (Editorial Taurus, 2000), expone textos relacionados con las mujeres medievales y una trilogía *Mujeres del siglo XII* (Editorial Andrés Bello, 1996).

[2] Tristán e Isolda es una leyenda celta que por tradición oral se mantuvo en la cultura europea durante siglos. Varios autores la han llevado al escrito, siendo uno de ellos el escritor y filólogo francés Joseph Bédier en el siglo XIX. Se tiene mención que hay una versión de esta leyenda escrita por Chrétien de Troyes, pero no se posee el documento que avale dicha teoría.

[3] Definición revisada desde: [http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO\\_BUS=3&LEMA=belleza](http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=belleza). Visitada el día Miércoles 10 de Agosto del 2011 a las 23:55 hrs.

[4] Eco, Umberto, *Arte y belleza en la estética medieval*, Editorial Lumen, España, 1999, p. 19

[5] *Ibíd.*, p. 24

[6] Entre otros elementos interesantes que trata Eco en su texto, es cómo en la época se adjudicaban el concepto de belleza, cómo lo concebían. Para ello, cita a

Johan Huizinga quien “demuestra cómo los medievales convertían inmediatamente el sentimiento de lo bello en un sentido de comunión con lo divino o con pura y simple alegría de vivir”. Ídem.

[7] Esta idea trasciende la cultura cristiano medieval, hay varios textos que hablan sobre este tema, siendo uno de los principales la Biblia que, utilizada para las liturgias también puede ser una fuente histórica que nos ayude a visualizar los modelos de comportamiento de la época. Sobre este tema véase: Morin, Alejandro, *Pecado y delito en la Edad Media: estudio de una relación a partir de la obra jurídica de Alfonso el Sabio*, Córdoba, Ediciones Del Copista / Ordia Prima – Studia Medievalia 1, 2009, p. 374; Mitre, Emilio, *Iglesia y vida religiosa en la Edad Media*, Editorial Istmo, Madrid, 1991; y VV AA, *Pecar en la Edad Media*, Editorial Sílex, 2008.

[8] El uso de afeites y cuidados corporales siempre estuvo presente dentro de las mujeres, las que tenían mayor poder adquisitivo se preocupaban de sobremanera sobre su apariencia para parecer bella en todo momento. La autora describe las diferentes técnicas que se utilizaban para “verse más bellas”, desde el uso de maquillaje, depilación, cuidados naturales hasta la forma de vestirse y de comportarse. Es necesario este paréntesis porque nos ayuda a visualizar como el “ideal de belleza”, específicamente femenino, es relevante dentro de la cotidianidad de la Edad Media, figurando como un elemento importante dentro de la sociedad y la cultura de la época.

[9] Martínez, Alicia, “La belleza y el uso de afeites en la mujer del siglo XV”, *DICENDA, Cuadernos de Filología Hispánica*, N<sup>o</sup> 11, Editorial Complutense, Madrid, 1993, p. 197

[10] Ídem. Cabe destacar la relevancia que tiene la virginidad en las mujeres medievales, como una carta de presentación para conseguir marido y con ello, la

vida plena que merecía. Para ello, revisar a María Jesús Salinero en su artículo “La seducción en la narrativa francesa del siglo XII”, *Revista de Literatura Medieval*, VIII, 1996, pp.201-222. En él se describe cómo la literatura plasmaba el ideal de vida y con ello de comportamiento de las mujeres en la época.

[11] *Tristán e Isolda*, trad. Joseph Bédier, Editorial del Nuevo Extremo, Barcelona, 1981, p. 30

[12] *Ibíd.*, p. 55

[13] *Ibíd.*, p. 145

[14] Martínez, Alicia, *Op. Cit.*, p.199

[15] Salinero María Jesús, “La seducción en la narrativa francesa del siglo XII”, *Revista de Literatura Medieval*, VIII, 1996, pp. 201-222. En relación al concepto de “servicio”, se refiere a que la mujer en el matrimonio tiene la función de “servir al marido”, en cambio, en el amor cortés, sus amigos-amantes, son quienes le sirven a ella.

[16] De Casas, Felicia, “El didactismo amoroso en los lais de Marie de France”, *Revista de Filología Francesa*, 3, Editorial Complutense, Madrid, 1993, p. 95

[17] María de Francia, *Nueve Lais Bretones y La sombra de Jean Renart*, Editorial Siruela, 1986, p. 46

[18] *Ibíd.*, p.54

[19] *Ibíd.*, p. 96

[20] De Casas, Felicia, *Op.cit.*, p.103

[21] *Ibíd.*, p.206

[22] González, Dulce, “Cómo ser bella y no morir en el intento: el ideal de belleza femenino y la cosmetología medieval”. Universidad de la Laguna. Revisado en: [www.ub.edu/cdona/Bellesa/GONZALES.pdf](http://www.ub.edu/cdona/Bellesa/GONZALES.pdf) . El día sábado 16 de Julio2011 a las 21:32 hrs.

**Para citar este artículo:**

Fariás Milla, Grace, “El ideal de belleza femenina en la literatura del siglo XII. Un análisis a *Tristán e Isolda* y *Los nueve Lais Bretones*”, *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, ISSN 0718-7246, vol. 2, Santiago, 2011, pp.18-29